



LUCHINO VISCONTI X 3

Tres films del gran maestro italiano

Del sábado 12 al domingo 20 de julio se llevará a cabo en la Sala Leopoldo Lugones del Teatro San Martín (Av. Corrientes 1530) un ciclo denominado *Luchino Visconti X 3*. El programa está integrado por tres de los largometrajes más reconocidos del gran realizador italiano: *Muerte en Venecia*, *El gatopardo* y *Rocco y sus hermanos*, estos dos últimos protagonizados por Alain Delon. La Sala Lugones ofrece en paralelo un *Homenaje a Alain Delon*, a un año de su muerte, integrado por otras tres películas con el gran actor francés. El ciclo está organizado por el Complejo Teatral de Buenos Aires, dependiente del Ministerio de Cultura de la Ciudad, junto con Fundación Cinemateca Argentina.

“Aristócrata, comunista, decadente, realista: son algunos de los epítetos que recibió, en su singular tránsito por este mundo, Luchino Visconti (1906-1976), uno de los artistas europeos más completos y refinados del siglo XX. Apelando a otras

caracterizaciones, más funcionales, hay que recordar que se trató de un importante director teatral y *régisseur* de ópera (incluso de ballet), pero, sobre todo, uno de los principales cineastas de aquella irrepetible pléyade de maestros que forjaron el gran cine italiano. Orientado en un principio hacia la música (estudiaba violonchelo), la pasión de Visconti por el cine despuntó en París, en los años 30, cuando se acercó a Jean Renoir y se convirtió en su asistente en un par de films. Fue el espaldarazo para una carrera que se cumplió a lo largo de catorce largometrajes fundamentales, más algunos cortos, tres de ellos en películas en episodios. Pero le habría bastado filmar *Bellissima* (1951), *Senso* (o *Livia, un amor desesperado*, 1954), *El gatopardo* (1963), *La caída de los dioses* (1969) y *Muerte en Venecia* (1971) para revistar en la historia del cine como uno de los más grandes. ‘Verdi y el melodrama italiano fueron mis primeros amores’, escribió una vez, y, por cierto, fueron amores duraderos. Visconti se había iniciado como director con *Obsesión* (1943), en la cual, a pesar de tratarse de una adaptación de *El cartero llama dos veces*, del estadounidense James M. Cain, se las ingenió para insertar una secuencia de canto lírico verdiano. En ese debut llevó la cámara a las rutas y a las plazas y registró cuerpos sudorosos, deseantes, todo lo contrario del acartonado cine que se hacía bajo el fascismo. Y entonces la crítica habló por primera vez de un realismo nuevo, o neorrealismo. Visconti volvió a Verdi en la secuencia inicial de *Senso* con el tercer acto de *Il trovatore*, en el teatro La Fenice de Venecia, y en *El gatopardo*, recreación de la novela de Lampedusa, en la Sicilia de 1860, alterada por el desembarco de Garibaldi. (...) En cuanto al melodrama, el punto acaso más candente de su filmografía fue *Vaghe stelle dell'Orsa* (grotescamente rebautizada en la Argentina

Atavismo impúdico, de 1965), con Claudia Cardinale y Jean Sorel viviendo un amor incestuoso al son del Preludio, coral y fuga de César Franck, el mismo que la madre del cineasta, Carla Erba, tocaba al piano. El incesto reapareció en *La caída de los dioses* en una escena de Ingrid Thulin con Helmut Berger –su hijo en la ficción–, en medio de las intrigas industriales que acompañaron el ascenso del nazismo. Y en esa incursión por el mundo germánico dejó rienda suelta a otros amores operísticos y sinfónicos: Wagner, retomado intensamente en *Ludwig* (1973), y –sería sacrilego omitirlo– el Mahler de *Muerte en Venecia*, sobre la novela de Thomas Mann, elegía monumental en torno a la muerte, la homosexualidad y la belleza”. (Néstor Tirri, *La Nación*, noviembre 2006).



Fundación
Cinemateca
Argentina

Sábado 12

A las 20 horas

Domingo 20

A las 20 horas.

Rocco y sus hermanos

(*Rocco e i suoi fratelli*; Italia/Francia, 1960)

Dirección: Luchino Visconti.

Con Alain Delon, Annie Girardot,

Renato Salvatori, Claudia Cardinale.

(177'; DCP).



Rosaria y sus cuatro hijos (Simone, Rocco, Ciro y Luca) abandonan su tierra natal, Lucania (la actual Basilicata), para emigrar a Milán en busca de trabajo y oportunidades que les permitan mejorar sus condiciones de vida. Allí encuentran a Vincenzo, el hermano mayor, que trabaja de albañil pero que está relacionado con el mundo del boxeo.

“El preferido de mis films siempre ha sido *Rocco y sus hermanos*, y sigue siéndolo. Una historia ‘entera’: Milán, el choque entre el Norte y el Sur, toda una temática que desde *La terra trema* en adelante me ha importado muchísimo”.

(Luchino Visconti, 1975).

“*Rocco y sus hermanos* aparece en un momento en el que la nouvelle vague francesa está conmoviendo al cine y provocando nuevas olas en todo el mundo. Y, sin embargo, la película se mantiene fiel a los postulados narrativos clásicos de Visconti, inspirados en el melodrama y la tradición operística propia de la cultura de su país, a la vez que trasciende la herencia del primer neorrealismo –del que él mismo había sido un pilar esencial con *La terra trema* (1948)– para alcanzar un aliento novelístico a gran escala. (...) La juventud de los personajes (y de sus intérpretes) es una fuerza de la naturaleza que empuja toda la película. Para la época del rodaje, Visconti tenía 55 años, pero la mayoría de su elenco –con excepción de Katina Paxinou– rondaba apenas los veintitantos, lo que le da a *Rocco y sus hermanos* una energía muy especial, como si las propias pasiones de los actores y actrices, que dan todo de sí,

fueran uno de los motores de los que se valió el realizador, algo que no le sucedía desde sus inicios con *Osessione* (1943) y *La terra trema*. (...) Así como la dramaturgia de Rocco y sus hermanos admite diversas fuentes de inspiración, también las tiene su composición visual, un trabajo extraordinario del director de fotografía Giuseppe Rotunno, uno de los grandes iluminadores del cine italiano de todas las épocas, quien por aquellos años trabajó regularmente con Visconti –desde *Senso* (1954) hasta *El extranjero* (1967), pasando por la monumental *El gatopardo* (1963)– para luego pasar a colaborar con su antítesis, Federico Fellini. Hecha de grandes contrastes, de claroscuros profundos, la fotografía en blanco y negro de *Rocco y sus hermanos* trasciende el mero registro del primer neorrealismo para buscar equivalencias dramáticas, como si Rotunno se hubiera propuesto plantear el enfrentamiento entre Rocco y Simone en términos de luces y sombras, ya sea en el ring de box, con un estilo muy film noir, o en el terrible, interminable choque a golpes de puño entre ambos por las afueras de Milán: allí un fulgor fantasmal proyecta sus siluetas en los edificios solitarios y dormidos, como si fuera una prolongación de las pesadillas urbanas de Giorgio de Chirico”. (Luciano Monteagudo, *Página/12*, abril 2025)

Domingo 13

A las 17 horas.

Sábado 19

A las 20.30 horas.

Muerte en Venecia

(*Morte a Venezia*; Italia/Francia, 1971)

Dirección: Luchino Visconti.

Con Dirk Bogarde, Silvana Mangano, Björn Andrésen.

(130'; DM).



A principios del siglo XX, un compositor alemán de delicada salud y cuya última obra acaba de fracasar, llega a Venecia para pasar el verano. En la ciudad de los canales se sentirá profundamente atraído por un hermoso y angelical adolescente, sentimiento que le irá consumiendo mientras la decadencia también alcanza a la ciudad en forma de epidemia.

“La adaptación que en 1971 concretó Luchino Visconti sobre una novela de tan sólo 122 páginas de Thomas Mann es una de las más extraordinarias obras de un director definitivamente excepcional. Así, hace exactamente medio siglo, Visconti conseguía con *Muerte en Venecia* una de las mejores traslaciones de un libro a la pantalla grande y resumía en su poco más de dos horas de metraje los aspectos esenciales de la obra de Mann: una honda meditación sobre la belleza en su acepción platónica, la decadencia de la carne, el vacío de la existencia en la lucha entre el deseo y lo prohibido, y también una mirada al fin de esa aristocracia europea a la que el propio realizador pertenecía. *Muerte en Venecia*, además de representar la corrupción moral en un entorno dominado por el mal como una constante poética del director, también será el segundo eslabón de la denominada ‘Trilogía alemana’ junto con *La caída de los dioses* (1969) y *Ludwig* (1973), así como otra de las obras sobre las que se señalará su ‘decadentismo’, definición que pareciera acompañar cualquier aproximación a su cine. ‘He sido frecuentemente acusado de decadente. Tengo de la decadencia una opinión muy favorable, como la tenía también, por ejemplo, Thomas Mann. Estoy embebido de dicha decadencia. Mann es un decadente de la cultura germana, y yo de la cultura italiana. Lo que siempre me ha interesado es el examen de una sociedad enferma’,

declaraba el realizador sobre su película, que enmarcaba la historia de un compositor que, luego del fracaso de su último estreno, se dirige a Venecia para reposar su malograda salud encontrándose con el deslumbramiento de la belleza encarnada en un joven llamado Tazio, mientras en la ciudad una epidemia se disemina en silencio, oculta, para no espantar a los turistas". (Pablo De Vita, *La Nación*, julio 2021).

Domingo 13

A las 20 horas.

Sábado 19

A las 16.30 horas.

El gatopardo

(*Il gattopardo*; Italia/Francia, 1963)

Dirección: Luchino Visconti.

Con Burt Lancaster, Alain Delon,

Claudia Cardinale.

(185'; DM).



La acción se desarrolla en Palermo y los protagonistas son Don Fabrizio, Príncipe de Salina, y su familia, cuyas vidas se ven alteradas tras la invasión de Sicilia por las tropas de Garibaldi (1860). Para alejarse de los disturbios, la familia se refugia en la casa de campo que posee en Donnafugata en compañía del joven Tancredi, sobrino predilecto de Don Fabrizio y simpatizante del movimiento liberal de unificación. “Es increíble comprobar cómo en este medio siglo que ha pasado, desde que obtuvo la Palma de Oro del Festival de Cannes, la versión de Luchino Visconti de la novela de Giuseppe Tomasi di Lampedusa no ha perdido nada de su dimensión política ni de su belleza formal. Protagonizada por Burt Lancaster (en el que probablemente sea su mejor actuación) como el Príncipe di Salina, un señor feudal siciliano hacia 1860, cuando se produce la revolución popular garibaldina, la enorme película de Visconti sigue siendo un análisis tan lúcido como impiadoso de la manera en que la aristocracia terrateniente permitió el ascenso al poder de las emergentes clases medias para asegurarse sus privilegios. ‘Algo tiene que cambiar para que nada cambie’, reflexiona el feroz Salina, una frase que, primero a través de la novela de Lampedusa y luego en el film de Visconti, acuñó para siempre el término ‘gatopardismo’. La boda de su noble sobrino Tancredi (Alain Delon) con la plebeya Angelica (Claudia Cardinale en su plenitud) será la maquiavélica consumación de esta estrategia política. ‘Somos un pueblo hecho de compromisos’, susurra

Salina en uno de los grandes momentos íntimos, confesionales, de una película épica y política como ya nadie hace ni podría hacer, que fue posible gracias al talento de Visconti, pero también al tesón del *padrone* de la productora Titanus, Goffredo Lombardo, ‘l’ultimo gattopardo’, que llegó a poner en riesgo la salud económica de la empresa familiar con tal de concretar el que sigue siendo el *capolavoro* de la compañía”. (Luciano Monteagudo, *Página/12*, agosto 2014).

“El Tiempo es el protagonista de *El gatopardo*: la escala cósmica del tiempo, de los siglos y las épocas, sobre las cuales el príncipe cavila; el tiempo siciliano, en el cual los días y noches se estiran hasta el infinito; y el tiempo aristocrático, en el que nada es apurado y todo ocurre tal cual debería ocurrir, como si siempre hubiera ocurrido. Los paisajes, los extraordinarios escenarios con sus objetos y diseños cuidadosamente seleccionados, los vestuarios, las ceremonias y los rituales, todo puesto al servicio de hacer más profundo nuestro sentido del tiempo y de los cambios a gran escala. El film concluye con una secuencia de un baile de una hora de duración durante la cual el espectador puede sentir, a través de los ojos del príncipe, todo un estilo de vida, que Visconti conocía muy bien. (...) Podría seguir hablando sobre *El gatopardo* durante horas y horas. Es una película que, en lo personal, se ha convertido en algo más y más importante con el correr de los años”. (Martin Scorsese).